

DATOS ANTROPOLOGICOS SOBRE LOS PIJAO

Por MANUEL LUCENA SALMORAL

El presente trabajo tiene por objeto reunir los escasos materiales antropológicos, especialmente etnográficos, que sobre los indios Pijao se encuentran repartidos entre varios documentos del Archivo General de Indias, cronistas y algunos artículos, con objeto de formar un conjunto uniforme. No es ningún estudio exhaustivo del grupo indígena, pues no se han consultado sino los fondos principales del mencionado archivo, en el que quedan además unas toneladas de manuscritos por inventariar, dentro del llamado Indiferente General. La investigación efectuada en el Archivo Histórico Nacional de Colombia ha dado resultados negativos, en lo que a este tipo de materiales se refiere, aunque abundan los referentes a la guerra que los españoles sostuvieron con los Pijao. En cuanto a las posibilidades de estudio en el terreno, hemos de señalar que posiblemente quedan restringidas a descendientes de las dos únicas tribus que se confederaron con los conquistadores en tiempos del presidente Don Juan de Borja, los Coyaima y Natagaima, ya que las verdaderas tribus insumisas, las de la sierra, lucharon seguramente hasta su extinción, a lo largo del siglo XVII.

NOMBRE

Estos indígenas han sido conocidos bajo los nombres de Pijao, Pixao, Pyjaos y Pinaos. Los dos primeros son los usuales en la documentación histórica. El tercero fue utilizado por Fray Pedro de Aguado (B-1, I, 133) y el cuarto parece ser el nombre original, antes de que los españoles lo transformaran en Pijao. Fray Pedro Simón nos ofrece una cómica interpretación del cambio de gentilicio que, a falta de otra más científica, hemos de aceptar como válida:

“... y a la provincia de los Pinaos que confina con esta (los pinaos) a la parte del Occidente que es la de los indios que hoy llaman pijaos, nombre puesto por los españoles cuando a las primeras entradas que hicieron a aquella provincia les vieron tan deshonestos que traían sin ninguna cobertura las partes de la puridad, y siendo su modestia como de soldados, sin reparar en la mala consonancia que hace el vocablo entre nuestra nación, por diferenciar a esta de las otras le mudaron la n en la otra letra con que ha ido corriendo este vocablo hasta el día de hoy”. (B-4, VI, 31).

El nombre de Pinao se perdió en la bibliografía colombiana, hasta que Paul Rivet volvió a reivindicarlo en su artículo “La influencia Karib en Colombia” (1), demostrando por la cita haber acudido al mencionado cronista.

LOCALIZACION

Realmente difícil es la localización de los Pijao, ya que estos indígenas cambiaban frecuentemente sus fronteras, a causa de la guerra que les hacían los españoles. Citaremos su habitat aproximado hacia el año 1607-1608, que corresponde a la data en que se hizo el mapa que adjuntamos, y que es el siguiente: Río Coello, Ibagué y zonas al sur de una línea imaginaria trazada desde esta ciudad a la de Cartago, con excepción de la tribu Combeima, asentada algo más al norte, en las cercanías de Ibagué. Por el sur la frontera era el río Páez y una línea tendida hacia el Puracé. Por el este el río Magdalena, comprendido entre las desembocaduras de sus afluentes Coello y Saldaña, y luégo este último hasta su confluencia con el Páez. En la región occidental el límite Pijao era la estribación de la cordillera, entonces perteneciente a la Gobernación de Popayán, desde Cartago a Caloto (A-3).

Los Pijao hacían incursiones bélicas hasta las ciudades de Cartago, Buga, Ibagué y Tocaima, lo que siempre ha dificultado su localización exacta. Parece, sin embargo, que las tierras próximas a estas ciudades no eran lugares de morada de estos indios, sino más bien zonas extremas de frontera. El corazón de las regiones Pijao fue seguramente la provincia de Amoyá, en las cabeceras del río de este mismo nombre, a donde apunta algún mito importante y fue también el foco principal de la resistencia.

La tierra era muy quebrada, con abundantes riscos, despeñaderos y bosques, en la que se podía sostener fácilmente una guerra defensiva, aun contando con armas muy inferiores a las del enemigo. El presidente Borja nos ha dejado esta deliciosa descripción sobre el territorio Pijao:

“La dicha cordillera donde habitan los indios rebeldes es la de mayor aspereza que se conoce en todas las Indias, de altísimos cerros y quebradas, con los espesísimos bosques y muchos riscos y despeñaderos de muy gran peligro, sin apacibilidad de tierra llana, con más apropiada disposición para fieras que para habitación de hombres humanos”.

“Los indios viven en lo más interno y oculto de la Sierra, en los nacimientos de los ríos, que hacen gran concavidad y abertura, con muchas cuchillas peladas, que descienden de lo alto de la montaña hasta el río, en concierto como los dedos de la mano, con distancias iguales de una y dos y tres leguas, de caída muy peinadas y de extraordinaria angostura, que desde afuera parece que con dificultad se puede subir, ni aun trepando, ni caben más de sólo un hombre en hilera, y entre una y otra cordillera tienen quebradas de mucha hondura y arcabuco con arroyos de agua continua”. (A-2).

GRUPOS LIMITROFES

A la llegada de los españoles, los indios Pijao se encontraban divididos en dos grandes grupos, enemistados entre sí: los de la sierra y los del llano. Estos últimos eran solamente cuatro tribus: Coyaima, Natagaima, Guauero y Tamagale. Sostenían guerra continua contra sus hermanos de la sierra, contra otros pueblos indígenas, como los Sutagao, y luégo contra los españoles. En un manuscrito se informa que estos indios tuvieron que retirarse de la sierra, donde vivían, por divergencias con las otras tribus, lo que no parece muy disparatado y está además en consonancia con la situación bélica que Belalcázar encontró a su paso por aquellos lugares:

“En la tierra llana que hay entre la primera y segunda cordillera, en las riberas del Río Grande de la Magdalena, habitan otros indios llamados Coyaimas, Guaueros y Tamagales, que son retirados de la Sierra por grandes discordias y asentada enemistad, que tienen los unos con los otros, los cuales por estar en despoblado, a vista de los caminos reales, han hecho de ordinario en ellos y en los términos de Tocaima y en los Sutagaos, muchos asaltos contra los naturales de paz, pasajeros...” (A-2).

Esta enemistad fue aprovechada por los españoles para establecer una alianza con los indios del llano, en contra de los de la sierra. En conjunto estos dos grupos formaban un mismo pueblo, con unidad lingüística y quizá hasta cultural:

“Todos los indios de nombre común de Pixaos, en llano y sierra, hablan una misma lengua, con poca diferencia de algunos vocablos, y son conformes en sus bárbaras costumbres, ritos y ceremonias, y en la manera de las armas y ejercicio de la guerra”. (A-2).

Limitando por éste, pasado el Magdalena, tenían los Pijao por vecinos a los Duho y Bahaduhó. Nada sabemos sobre estos indígenas, que debían habitar hacia donde hoy se encuentran las poblaciones de Caguán y Rivera, salvo los escasos datos que nos suministra Juan Rodríguez Freyle:

“De esta banda del Río Grande y por encima del valle de Neiva, hacia este Reino corre otra cordillera. En ella residen los duhos y bahaduhos, que estas naciones eran la carne de monte de los pijaos, que salían a la caza de ellos, como acá se sale a la caza de venados; y vez nos sucedió que habiendo dado un *aluaso* sobre el cercado del cacique Dura, a donde hallamos retirada la gente, porque nos sintió la espía, y les dió aviso, halláronse solas dos indias viejas, que no pudieron huir, y un chiquero de indios duhos, que los tenían allí engordando para comérselos en las borracheras”. (B-3, 301).

Una referencia documental señala el nombre de dos Duho, Puena y Quiu Xindi (A-5) que vivían entre los Coyaima en 1613 y participaron en la primera tributación que se cobró a estos indígenas.

Por el sur confinaban con los Páez, siendo la frontera de ambas nacionalidades el río del mismo nombre. Las diferencias lingüísticas y culturales de estos dos pueblos fueron evidentes para los españoles:

“... hay otra nación que llaman Paeces, que confinan con pueblos de la Gobernación de Popayán al cabo de la dicha cordillera, en tierra más apacible y llana, donde se puede andar a caballo con menos dificultad y trabajo y nunca éstos han tenido amistad, ni correspondencia con los Pixaos, por ser diferentes en lenguas, naturaleza y costumbres y gente más política y generosa y limpia, de mucha industria y valor de las armas, defendiendo con ellas solamente su tierra, sin salir a buscar inquietudes en la ajena. Tampoco acostumbran comer carne humana, ni las crueldades, asaltos y traiciones que otros hacen, y se contentan con su libertad”. (A-2).

Es imposible establecer las relaciones que existían entre Páez y Pijao, aunque evidentemente no eran de guerra abierta. Trimbórn (2) afirma que estos dos pueblos habían concertado un tratado de paz. El autor de este estudio tuvo ocasión de comprobar que entre los Páez de la localidad de Calderas existe hoy día una connotación desfavorable hacia el término “Pijao”, que se interpreta como significativo de antropófago y “no civilizado”, así como la pervivencia de varias leyendas sobre luchas aisladas entre Pijao y Páez, en época poco posterior a la fundación de La Plata. Es imposible determinar la influencia que en esto pueden haber tenido los españoles, a través de misioneros.

Por el Noroeste limitaron los Quimbaya. Trimbórn (3) afirma que estas dos naciones tuvieron guerras en tiempos antiguos, estableciendo más tarde intensas relaciones comerciales (4). Quizá de este contacto tomaron los Pijao técnicas de orfebrería.

Al Norte vivían los Panche, grupo que igualmente parece Karib (5). Piedrahita anota que la forma matrimonial de Pijao y Panche era similar:

“En los casamientos (los Pijao) imitan a los Panches”. (B-2, I, 9).

SOMATOLOGIA

Los cronistas coinciden en afirmar que los Pijao tenían una estatura regular y una constitución fornida, así como que practicaban la deformación craneana:

“... en lo que más cuidado ponen, en naciendo los niños, es en entablillarles la cabeza con dos tablillas, una en el colodrillo y otra en la frente, con que quedan chatos por ambas partes y la cabeza levantada y desformidable (sic) y a ellos les parece estar con esto los más graciosos de todas las demás gentes”. (B-4, VI, 31).

En la documentación encontramos igualmente una referencia a esta costumbre:

“A los niños, luégo que nacen, les entablan las cabezas hasta que se les juntan la frente y el cogote”. (A-2).

Por las anteriores descripciones parece que el tipo de deformación craneana era la tabular oblicua.

Otro tipo de deformación era la nasal, que tenía la finalidad de dar una forma alargada y cóncava al dorso de dicho apéndice:

"...y le quiebran (a los niños) y estiran la nariz, para que les quede corba y larga". (A-2).

Práctica que quizá produjera deformación era la compresión de brazos y piernas, por medio de cuerdas, en las púberes:

"...y traen (las doncellas) las piernas debajo de las rodillas y encima de los tobillos y los brazos por las muñecas y molledos muy apretados, con muchas vueltas de cordel delgado, para abultar en medio y adelgazar los extremos, y la primera noche que duermen con los maridos sueltan sus ligaduras". (A-2).

El grupo serológico de los Pijao supervivientes, posiblemente descendientes de los Coyaima y Natagaima, fue analizado por el doctor Gerard Reichel-Dolmatoff a mediados de 1943, dando un porcentaje de 96.65 de predominio O, con pequeñas variaciones entre las distintas tribus (6).

DEMOGRAFIA

Los datos demográficos sobre estos indios, como los de todos los desaparecidos, resultan extremadamente difíciles de aclarar, por la abundancia de exageraciones. Piedrahita (B-2, 110) calcula que existieron 120.000 Pijao, cifra que nos parece bastante lejana a la realidad y que desde luego es más del doble de la dada por Fray Alonso de Zamora (B-6, II, 184), quien supone que en 1565 vivían 18.000 indios de guerra. Esta última cantidad nos sigue pareciendo alta, pues en la visita efectuada al territorio en 1613 (A-5) los capitanes españoles calculaban que la guerra se había hecho contra unos 2.000 indios gandules o de lanza, que nos lleva a considerar un total de unos 8.000 a 10.000 Pijao. Hay que tener en cuenta que se excluía a los Coyaima y Natagaima, a quienes no se consideraba enemigos.

La belicosidad de estos indígenas movió seguramente a los cronistas a los cálculos fabulosos, pues resulta imposible pensar que en las batallas habidas durante el siglo XVI, aisladas y sin grandes pérdidas por una y otra parte, se diera muerte a 112.000 indígenas, mientras que en la única guerra organizada y continua que se les hizo, de 1605 a 1613, perdieran la vida sólo 8.000.

Existe una última razón que nos inclina a aceptar la existencia de 2.000 guerreros Pijao para comienzos del siglo XVII, y es que nadie mejor que el presidente Borja deseaba que esta cifra fuera astronómica, pues con ello alababa su propio esfuerzo y dedicación al servicio del Rey y aumentaba considerablemente sus posibilidades de obtener mercedes. Pese a esto, el presidente dio al monarca la mencionada cifra de 2.000 indios gandules (A-2), coincidiendo con sus capitanes (A-5).

COMPOSICION TRIBAL

La reconstrucción del conjunto tribal Pijao no fue emprendida hasta hace unos años, cuando Paul Rivet recopiló los datos de los cronistas. Nosotros hemos completado la información con datos suministrados por el mapa adjunto (A-3), correspondiente al año 1608, y algunas notas de manuscritos, especialmente uno que acompañaba a dicho plano (A-2). Presentamos a continuación una lista alfabética de las tribus, acompañada entre paréntesis de las letras "D", para indicar que la fuente es documental; "S", cuando procede de Fray Pedro Simón (B-4), y "R", cuando es de Paul Rivet (7).

1. Aipe (S)
2. Ambeyma (D) o Ambeima (S)
3. Amoyá (D, S)
4. Anayma (D)
5. Anaytoma (D) o Anaitoma (R)
6. Apaxoje (S)
7. Araima (S)
8. Atarora (D)
9. Ayaruque (D)
10. Beuní o Beunini (D), Behuní o Biuní (R)
11. Bintima o Bintimay (D)
12. Biaima (D)
13. Bobarama (D)
14. Bulira (D, S) o Vulira (D) o Bolira (S)
15. Cacatayma (D) o Cacataima (S)
16. Calarama (D)
17. Canchuma (D)
18. Conveyma (D)
19. Coyaima (D, S)
20. Culucu (D)
21. Cumbul (D)
22. Cutiva o Cutiba (S)
23. Chigandami (D)
24. Guarro (S)

25. Guauro (D)
26. Irico (D, S)
27. Jamai (S) o Hamay (R) (¿quizá la misma Namay?)
28. Luçira (D) o Lucira (S)
29. Luima (D)
30. Luluma (D)
31. Lulura (D)
32. Macacua (D)
33. Macuri (D)
34. Maito (D, S) o Mayto (R)
35. Mala (D)
36. Maulu (D)
37. Metayma (D)
38. Mitayuqua (D)
39. Mola (D, S)
40. Molu (S) (¿quizá la misma Mola?)
41. Moya (S)
42. Namay (D)
43. Natagayma (D) o Natagaima (S)
44. Oguiapui (D)
45. Ombecho (S)
46. Orli (D)
47. Otayma (D) u Otaima (S) o Atayma (R)
48. Oxli (D)
49. Pana o Pama (R)
50. Poina o Yaporoje (R), Yaporogo o Aporoje (B-3, 300)
51. Qitala (D)
52. Quindio (R)
53. Searco (D) o Cearco (D) o Zearco (S)
54. Tamagale (D) o Tamagala (S)
55. Tamara (D)
56. Tamasnami (D)
57. Tonuxo (D)
58. Totorambo (D) o Toturambo (D)
59. Toychi (D)
60. Tuamo (S)
61. Tunuro (D) o Tonuro (S)
62. Tumbo (D)
63. Tutumo (D) o Totumo (S)
64. Tuuytami (D)
65. Tuuam (D)
66. Umbeche (D)
67. Ylucuta (D)
68. Ylulu (D)
69. Ynaglu (D)
70. Ytaima (D)
71. Yulima (D)
72. Yumbo (D)

Además de las anteriores, había seis provincias Pijao asentadas en unos lugares a los que se impusieron nombres españoles:

73. Organos (S)
74. Paloma (S)
75. Valle de la Palma (R)
76. Valle de las Herosas (D, S)
77. Valle de Miraflores (S)
78. Valle Viciosa (D)

La localización de la mayor parte de las tribus puede efectuarse en el mapa adjunto, copia del original que se encuentra en el Archivo General de Indias.

FAMILIA LINGÜÍSTICA

Con base en la característica de antropofagia de los Pijao, se ha dado en clasificar a estos indígenas dentro de la familia Karib, confundiendo cultura con lengua. Desgraciadamente la escasez de materiales parece insuficiente para establecer conclusiones categóricas sobre el particular. Rivet estudió algunos toponímicos y una diminuta serie de morfemas dados por los cronistas, con los que entrevió la posibilidad, sólo la posibilidad, de clasificar a los Pijao como Karib:

“Reconocemos que estas coincidencias, por curiosas que sean, no constituyen pruebas suficientes para demostrar que los Pantágora-Panche-Pijao debe incluirse en el grupo lingüístico Karib. Solamente constituyen indicaciones que dan probabilidad de esta hipótesis”. (8).

En su trabajo sobre la Metalurgia Precolombina, adopta igualmente una actitud cautelosa al citarlos como Karib:

“...les choko et leurs tribus apparentées de la vallée du Cauca (témoins des invasions Karib) et probablement les Pantagora ou Palenke, les Panche et les Pixao des rives du Magdalena”. (9).

La posición ecléctica de Rivet pasa a una seguridad sin reservas en su artículo publicado en el libro “Las Langués du Monde”, donde clasifica a este grupo entre los Karib:

“Les Pixao ou Pinao occupaient, avec de multiples tribus, toute la vallée du Magdalena depuis 4° 15' de latitude Nord, jusqu'à 2° 30' environ”. (10).

El arqueólogo Julio César Cubillos insiste en la mencionada clasificación lingüística de los Pijao, basado en unos trabajos lingüísticos, antropológicos, etnográficos y arqueológicos:

"Hoy, gracias a los trabajos lingüísticos, antropológicos, etnográficos y arqueológicos, podemos decir que el subgrupo Pijao pertenece a la gran familia lingüística Karib". (11).

Pese a haber ampliado ligeramente el número de palabras Pijao con datos documentales, nos confesamos incapaces de establecer si los Pijao pertenecieron a la familia lingüística Karib, aunque admitimos que las coincidencias anotadas por Rivet parecen apuntar en dicha dirección. Y desde luego resulta imposible establecer el tipo de cultura que portaban los Pijao, dado que el término Karib es propio de una familia lingüística y no de una cultura.

BASES DE SUBSISTENCIA

Los productos agrícolas constituían la base dietética del Pijao. Aunque la fauna de sus tierras era extremadamente pobre, la empleaban también para su alimentación, especialmente venados, aves y ratones:

"...y no tienen en su tierra ningún género de carne, ni pescado, para el sustento ordinario, salvo algún venado o caza menuda de pájaros, que matan con cerbatanas, y por carecer della apetecen la carne con notable exceso y la comen de todas especies de aves y animales, particularmente ratones y otras malas sabandijas, aunque su mayor regalo, triunfo y gloria, es la carne humana". (A-2).

La pesca debía de practicarse en algún grado, como lo demuestra el hecho de que los mohanes tomaran algún pececillo durante su ayuno (A-2).

El cultivo principal era el maíz, que sembraban por el sistema de roza, y tomaban cocido, tostado o convertido en harina (con la que fabricaban bollos). Con el mismo producto hacían masato y chicha. Igualmente sembraban frijoles, arracacha, yuca, batata y turmas de tierra (A-2). Consumían frutas como la ochuva, el aguacate, la papayuela y la piña y recolectaban raíces, cera y miel silvestres (12).

No sabemos que los Pijao tuvieran animales domésticos aparte de perros, y esto en época hispánica. Es posible que edu-

caran la ferocidad de estos animales, pues Fray Pedro Simón hace notar:

"...y sin otra resistencia que la de un perro de los ranchos, que embestia a los nuestros con ferocidad extraña, hasta que murió de una lanzada". (B-4, IX, 67).

ANTROPOFAGIA

Cabe pensar que la antropofagia de los Pijao tuviera un origen religioso, tendiente a asimilar las virtudes del ser deglutido, pero es evidente que la costumbre fue degenerando en el transcurso de los años, hasta convertirse en vicio. A principios del siglo XVII estos indígenas devoraban todo ser humano que capturaban, fuera valeroso o cobarde, y hacían expediciones con objeto de aprovisionarse de carne humana. Engordaban prisioneros que luego mataban y comían e incluso desenterraban cadáveres en putrefacción para deglutirlos:

"...y cómense los que pueden haber a mano de los nuestros y han conseguido desenterrarlos después de 10 días muertos, algunos de heridas, y otros de enfermedades asquerosas, y cómenselos sirviéndoles las calaveras de vasijas para sus bebidas" (A-2).

Un caso curioso es el de un indio carguero que los españoles enterraron, y volvieron a encontrar días después, despedazado dentro de una olla Pijao, acompañando un guiso de maíz. Algunos soldados hambrientos probaron el guiso y creyeron que la carne era de cerdo, hasta que encontraron los huesos humanos:

"...y hallaron estar en ella (la olla) en pedazos un cuerpo humano y por señales claras que era el indio que habían dejado allá enterrado ocho o diez días había. Con que los más asquerosos no sólo habían vomitado lo que habían comido, pero aun pensaron echar las entrañas, si bien otros de mejor estómago pasaron sin asco adelante con lo hecho" (B-4, IX, 89).

La voracidad de estos indios les llevaba a veces a comerse lentamente un ser humano, cortándole pedazos de carne que no provocaban la muerte:

"...cortándoles las carnes a pedazos menudos, estando vivos, comiéndose en su presencia, poco a poco". (A-2).

El bocado predilecto parecía ser la carne de niño, como pudo comprobarse en el ataque a Ibagué, donde tuvieron ocasión de seleccionar. Los niños eran asados y descuartizados para introducirlos en los zurrones:

"... y a las criaturas tiernas asándolas enteras en barbacoas, a modo de parrilla, las llevan en el zurrón, comiendo de ellas por el camino, o colgadas de un cordel al pescuezo". (A-2).

Igual costumbre y preferencia tenían los indios Coyaima y Natagaima, aliados de los españoles:

"... pero de los coyaimas amigos que iban con nuestros soldados, dos arrebataron el niño y cogiéndolo cada uno de una pierna lo dividieron de alto abajo con un machete y echándolo cada cual su parte en su mochila, lo cenaron mal asado aquella noche". (B-4, IX, 93).

Pese a que los casos de antropofagia en amerindios han sido nuevamente examinados en los últimos años, ya que muchos de ellos no existieron fuera de la imaginación de los conquistadores, que se servían de esta fórmula para poder esclavizar a los indígenas, con arreglo al criterio jurídico de la época, nos parece que la práctica es suficientemente clara entre los Pijao, y fue anotada por casi todos los cronistas. Fray Pedro Simón estaba tan impresionado por esto, que incluso cifraba el número de enemigos muertos o cautivos de los Pijao por "comidos". Nos da un cálculo aproximado, seguramente exagerado, como todas las estadísticas de los cronistas, de más de 40.000 indios y más de 400 españoles:

"... habiendo comido de ambas (Gobernación del Nuevo Reino y de Popayán) y de los muchos que han habido a las manos en los caminos reales y cursados que atraviesan por sus tierras, desde este Nuevo Reino para el de Popayán, Quito y el Pirú, más de cuatrocientos españoles y más de cuarenta mil indios de paz". (B-4, VIII, 177).

El comercio de carne humana llegó a ser tan frecuente entre los Pijao que existía un lugar, bautizado con el nombre de Loma de las Carnicerías por los españoles, correspondiente al actual Carnicerías, donde se centralizaba el mercado de despojos humanos de la región:

"Las Carnicerías, dichas así por unos grandes buhíos que hallaron los españoles, donde se vendía carne humana de los esclavos que cogían en las guerras, con tanta abundancia, que había para toda la tierra, que concurría allí a comprarla". (B-4, VIII, 176).

La antropofagia de los Pijao sirvió al presidente Borja para solicitar del rey su esclavitud perpetua, de acuerdo con la Real Cédula de marzo de 1553, lo que fue un aliciente para los soldados que les combatían:

"... y así es conveniente y precisamente necesario que Vuestra Magestad les declare por esclavos perpetuamente, no solamente a ellos, pero a toda su descendencia, como se hace con los negros y moros". (A-4).

VIVIENDA

Bibliografía y documentación coinciden en afirmar que los Pijao no tenían grandes poblados, haciendo sus moradas muy alejadas unas de otras, aunque en casos muy aislados se presentan ejemplos de vivienda nucleada. (B-4, IX, 88).

La habitación responde a dos tipos fundamentales: una de planta redonda o cuadrada, cubierta a una o dos aguas, y otra construída en los árboles, que se empleaba en las zonas más meridionales (13). La usual, a comienzos del siglo XVII, era la de planta cuadrangular, con puertas en cada lado. Para aumentar su carácter defensivo se situaba en una cuchilla por la que corría alguna quebrada, de manera que los dos flancos quedaran protegidos por las aguas, la parte trasera por la montaña y la delantera por la cuchilla. Los indios podían huír así fácilmente en la dirección opuesta a la que llegaban los españoles y para facilitar aún más esto se construía una salida subterránea desde la casa a un barranco cercano:

"En lo más alto de las dichas cuchillas donde se juntan con la montaña, hacen sus casas solitarias y apartadas unas de otras, que pocas veces se hallan dos o tres en compañía, pero todas a la villa de la comunidad de los ríos, tomando por espaldas las montañas y por frente la angosta caída de las cuchillas y a los lados las quebradas, que hacen entre una y otra, y tienen diversas puertas aplicadas para todas las retiradas y por dondequiera que fueran acometidos se libran por la contraria parte, metiéndose en la montaña, con las quebradas de los lados, o echándose por las cuchillas a la profundidad de los ríos y para reparo de alguno repentino y descuidado asalto, hacen también muchas dentro de las casas, que por debajo de la tierra salen a las barrancas más cercanas y ocultas". (A-2).

Fray Pedro Simón nos informa de los materiales de construcción, que eran barro y madera, con los que se hacían tapias altas, que luégo se blanqueaban. (B-4, IX, 24).

Ignoramos si existía algún tipo de mobiliario. Debían abundar los enseres de cocina, como calabacillos, totumas y ollas. Estas últimas eran de tres tipos, el mediano de los cuales tenía capacidad para tres fanegas de maíz. (B-4, IX, 88).

VESTIDO Y ADORNO

Al hablar del gentilicio que los españoles impusieron a estos indios, dijimos que hacía alusión a su desnudez. Más tarde usaron ropas robadas a los caminantes o procedentes del saco de Ibagué, pero en escala muy reducida. La única prenda prístina parece ser un gorro hecho de hojas de palma, que colocaban en círculo, a modo de bonete. (B-4, IX, 74). Lo usaban tanto los hombres como las mujeres.

En el territorio que habitaron los Pijao se ha encontrado gran cantidad de adornos, manifestación de una gran industria de orfebrería, muy emparentada con la Quimbaya. Son pendientes, pectorales y narigueras. Los primeros tienen una doble morfología de collar, entre los que se destaca uno de tres ganchos y el colgante simple. Este último hecho con soldadura autógena y relieves zoomorfos, como el encontrado en Rioblanco, donde se fusionan un pez, un animal carnívoro y un ave. Los pectorales tienen rasgos antropo y zoomorfos, estilizados hasta el geometrismo. Las narigueras presentan doble tipo en cuanto a su grosor, de 2 mm. y mayor. Finalmente, existe un instrumental de piezas depilatorias, fabricadas con dos láminas unidas en uno de sus extremos y con forma de ancla (14).

Las técnicas empleadas en esta orfebrería son: laminado, soldadura autógena, recortado, hilado, fundición a cera perdida y relieve. Se empleó la tumbaga, y el doctor Julio César Cubillos observó también que el color amarillento del oro puede deberse al empleo de mineral muy argentífero (15).

Resulta peligroso en extremo establecer si esta orfebrería es Pijao o Quimbaya. En el primer caso habría que pensar que este pueblo tomó sus técnicas e incluso iconografía de sus vecinos, tesis por la que parece inclinarse el doctor Cubillos.

CERAMICA Y MATERIAL LITICO

El arqueólogo Julio César Cubillos anotó dos tipos de cerámica, que calificó de Pijao, en sus trabajos de Rioblanco: una lisa, sin decoración alguna y con engobe arcilloso, y otra en relieve, con decoración incisa y ligero engobe interno y externo. Ambos estaban fabricados con la técnica "Coil" o de fajas en espiral, soldadas por presión dactilar. Como desengrasante se había utilizado la arena silíceo de grano grande y pequeño, y ceniza de hojarasca mezclada con arcilla. La cochura presentaba tres variedades: deficiente y uniforme en toda la vasija, buena, y cochura intensa o leve, distribuída por todo el cuerpo.

La morfología de esta cerámica ofrece la siguiente panorámica: cuencos semiesféricos; cuerpos globulares; vasijas dobles, soldadas y de cuerpo globular con cuellos más o menos rectos; cuerpo superior troncocónico y base esférica, y escudilla de cuello recto y ancho, con base semiesférica.

Los motivos de la decoración incisa son seis fundamentales: punteado simple, rayado, línea ondulada, línea recta, línea en zig-zag y línea espiral. En la de relieve se encuentran: mamezones pequeños, grupos redondeados, pequeños cuerpos y remates de los bordes. El colorido básico es siena, sepia y ocre rojizo (16).

En cuanto a la posibilidad de que exista una industria lítica Pijao, descansa sobre una excavación efectuada en el año 1944 por miembros del Instituto Colombiano de Antropología en tierras que pertenecieron a dichos indios. Se hallaron varias hachas de forma trapezoidal y corte general, elipsoidal, con un solo borde, que se atribuyó a una cultura Pijao (17). Desde luego, no puede descartarse de una manera absoluta esta posibilidad, pero sí parece muy extraña, máxime si tenemos en cuenta que jamás se cita en sitio alguno que los Pijao tuvieran hachas de piedra. ¿Quizá una manifestación arcaica de los Pijao? Para asentar tal afirmación, habría que realizar un intenso estudio arqueológico de la zona, con objeto de establecer la fecha aproximada de invasión, que no debe ser muy antigua si son efectivamente Karib, y el tipo de cultura que portaba este pueblo.

ESTRUCTURA FAMILIAR

La familia estaba basada en un sistema poligínico, sin más limitación que la económica. Piedrahita aseguró que este pueblo

imitaba a los Panche en el matrimonio, lo que indujo al doctor Cubillos a pensar en unas relaciones exogámicas, sujetas al ámbito geográfico (18). Existía el matrimonio por compra, con precio de novia, que consistía primero en ofrendas de aves a los padres de la novia y luego en la típica sementera de maíz, quizá varias, que se entregaban cuando estaba en sazón, recibiendo a cambio la esposa y otra sementera que serviría para el sustento de la nueva familia (A-2).

No se practicaba el matrimonio precoz y estaba prohibido el contacto prematrimonial, al menos para las mujeres (A-2). Estas manifestaban externamente su estado de doncellas, mediante ataduras de cordeles en brazos y piernas, según hemos dicho, que soltaban en su primera noche de casadas.

El adulterio era castigado llevando a la infractora a una choza para que fuera poseída por todos los jóvenes y hombres solteros del grupo. Luego era enterrada hasta la cintura en una encrucijada de caminos y se la lapidaba. El contacto prematrimonial de la joven era castigado por el marido con la muerte, durante la misma noche de bodas.

La viuda tenía prohibición de tocar los enseres personales de su marido, que estaban impregnados de la muerte de su dueño y podían transmitir ésta a la esposa, salvo en el caso de que los tomara con un lienzo o paño. La viuda quedaba además imposibilitada para contraer nuevo matrimonio durante cierto tiempo. Normalmente no podía casarse más que con viudos, pues existía la creencia de que:

“la que acabó con un marido, matará también a otros”. (A-2).

Cuando nacía un niño, la madre se cortaba el pelo, como en el caso de la esposa del indio Inacho de Paz (B-4, IX, 69). Ignoramos si esta práctica era exclusiva del nacimiento de varones. El recién nacido era sometido a deformación craneana y nasal, según apuntamos. Recibía un nombre de ave, animal, árbol, hierba o fruta, en consonancia con el sueño que tuviera el mohán, y que duraba hasta que contraía matrimonio, o realizaba alguna acción sobresaliente en la guerra (A-2). Este último caso era, por ejemplo, el de Cocurga, de quien un indio de Amoyá dijo que se había cambiado el nombre por ser muy valiente y merecer un nombre que no fuera propio (B-4, IX, 65). Quizá el nuevo apelativo hacía alusión a la hazaña efectuada por el indio.

Los Pijao eran adiestrados en el manejo de las armas desde su infancia:

“A los niños, desde muy tiernos, enseñan a jugar la lanza con cañas y varas delgadas, proporcionadas a las fuerzas de su edad”. (A-2).

ESTRUCTURA DE LA COMUNIDAD

Siendo los Pijao un pueblo eminentemente guerrero, se ha pensado, con un criterio muy simplista, que era poseedor de una organización social de tipo piramidal, con una cabeza visible que, entre los años 1605 a 1610, era el famoso cacique Calarcá. No vamos a rebatir los errores históricos que esta falsa teoría ha difundido, pero sí a señalar que los españoles, quienes estaban más interesados en encontrar este jefe absoluto para dirigir hacia él sus combates y terminar definitivamente con los Pijao, no lo encontraron jamás. Esto hizo que la guerra se prolongara por tres cuartos de siglo, ya que el sometimiento o tratado de paz con una tribu no afectaba en nada a las demás, que luchaban con entera autonomía. El presidente Borja nos dice claramente que si estos indígenas tuvieran una sola cabeza serían la inquietud de todo el Nuevo Reino de Granada:

“No le conocen (a los Pijao) superior. Dividense en parcialidades y aunque esto es causa de que las paces tengan efecto dificultoso y ser intratables y mal seguro cualquier género de pacto, por otra parte nos está bien, porque si se gobernaran por una cabeza, como fuera de muy razonable orgullo, inquietaran fácilmente todo el Reino”. (A-1).

Las parcialidades a que alude el presidente pueden ser fácilmente organizaciones tribales, que operaban bajo un jefe electivo, escogido entre los hombres más aguerridos o entre los mohanes. En otro documento se nos repite la ausencia de superiores, aunque se hace constar lo anterior:

“...y no reconocen ningún superior, ni cacique, sino al que más valiente fuere y a los mohanes”. (A-2).

El carácter de más “valiente” es precisamente el que nos obliga a pensar en un cargo sujeto a temporalidad.

Por encima de la organización tribal existía la confederación o reunión de varias tribus con propósitos comunes. Se elegía entonces, igualmente con carácter temporal, un jefe de los combatientes. Este era el caso de Calarcá, que fue designado para capitanear el asalto a Ibagué, preparado por las tribus de Amoyá y Cacataima:

“Pues al mismo tiempo que hacía la junta dicha el Presidente, la hacían los indios pijaos para venir a dar sobre la ciudad de Ibagué, con intentos de ponerla toda por el suelo. Eligieron para esto los indios por su capitán general a un valentón llamado Calarcá, indio famoso entre ellos, por serlo sus hechos en toda ocasión de guerra”. (B-4, VIII, 243).

Calarcá fue también elegido jefe de la confederación que hicieron los Otaima, Cacataima, Mola, Anaytoma y Amoyá para asaltar el fuerte del capitán Diego de Ospina:

“... tomaron atrevimiento de hacer junta de las provincias de Otaima, Cacataima y Mola y la de Anaytoma y parte de la de Amoya para acometer el fuerte, juntándose para esto más de doscientos indios de pelea, con que les parecía desarraigarian de una vez de sus tierras aquel sobrehueso que tanto les afligía. 3. Tomada la resolución en la gente de acometer el fuerte, la tomaron también que el cacique Calarcá (que de ordinario lo elegían por su Capitán General, como dijimos lo habían hecho en lo de Ibagué, gran mohán, hechicero y adivino), ayunara sobre conocer el buen suceso de la jornada...” (B-4, IX, 52).

La muerte de Calarcá, acaecida en aquel ataque durante el año 1608 por mano del Capitán Ospina (19), no supuso el fin de la guerra de los Pijao, que terminó muchos años más tarde, pues no tenía la jefatura suprema de su pueblo.

LA GUERRA

La guerra era la principal ocupación de los Pijao. Desde niños eran adiestrados en el manejo de las armas, y al llegar a la juventud se convertían en excelentes guerreros ágiles, sufridos y arrojados, que despertaban la admiración de los españoles:

“Asaltan con más que su valor nuestros alojamientos, alguna vez con menor número de gente que la nuestra, y en campo abierto han hecho lo mismo, de manera que se pueden tratar más como soldados, que como salteadores”. (A-1).

Antes de un ataque efectuaban una junta de guerra, en la que elegían a su jefe temporal y recibían el augurio del mohán. Después de esto, preparados para salir, escuchaban una exhortación del mohán, en la que éste les pedía combatir con valor y no defraudar su buen presagio (si el augurio era negativo, no salían a guerrear). Por último, se efectuaba la despedida de los combatientes, que la hacían los ancianos de la tribu escupiéndoles, para preservarles de daños y peligros. Una vez en camino, si alguno tropezaba y se lastimaba un dedo del pie, regresaba al hogar, pues de continuar le ocurrirían desgracias. De aquí que los buenos sucesos los llamaban “habidos con dedo sano”. (A-2).

El jefe del grupo guerrero se pintaba el rostro con franjas rojas y amarillas, colores seguramente sagrados, y tenía que observar una serie de restricciones durante la acción, como no dormir con mujer, no comer sal ni ají y acostarse sin ropa alguna, rodeado de hogueras (A-2). Los combatientes acostumbraban a pintarse el cuerpo con bija, que despedía un olor característico, por el que los españoles descubrieron algunas emboscadas.

Cuando los guerreros volvían victoriosos se repartía el botín entre todos, dando una parte al mohán. Si regresaban derrotados, se pedía indemnización al mohán, e incluso se le apaleaba y daba muerte.

La táctica principal era la emboscada, que establecían en pasos difíciles, despejando la vegetación de un lado para jugar las lanzas, y dejando los demás cubiertos, con objeto de que los enemigos no pudieran moverse. Atacaban por varios lugares con gran rapidez, y se retiraban cuando los agredidos comenzaban a reaccionar.

Sus armas eran picas, dardos, macanas, hondas, piedras, espadas y cuchillos. Las primeras eran extraordinariamente largas. Vázquez de Espinosa nos asegura que medían 25 palmos (B-5, 330) y Rodríguez Freyle calcula 30 (B-3, 302). Los dardos eran lanzados con el simple impulso muscular, sin ayuda de arcos:

“... y no acostumbran arcos, fiándose en la fuerza y valentía de sus personas, que las juntan gallarda y osadamente con el enemigo, más que en lo industrioso, arrojadizo y apretado de las flechas”. (A-2).

Las macanas eran una especie de espadas de cuatro dedos de anchura, fabricadas con una madera muy dura, seguramente chontaduro, y afiladas. Sobre las hondas nos habla Rodríguez Freyle (B-3, 302), aunque no de su forma. Es imposible saber si son instrumentos de aculturación.

Un arma terrible eran las galgas o piedras, que utilizaban para las emboscadas, y de cuya eficacia nos hablan mucho los cronistas (B-4, IX, 42). En su contacto bélico con los españoles conocieron los Pijao las armas de hierro y acero, que transformaron en puntas para sus dardos y picas:

"al presente las usan (puntas de dardos y picas) de hierros de las espadas y cuchillos, y otras de azero, y hierro, que han quitado y robado a los pasajeros que pasaban del Nuevo Reino al Pirú". (B-5, 330).

El procedimiento de cortar el hierro era realmente ingenioso y consistía en frotar una hebra de algodón torcido, impregnada en arena y agua, por el lugar donde se quería hacer la incisión. Con este sistema se estaba partiendo el cañón del arcabuz del sargento Arguinechea, para convertirlo en puntas de lanza (B-4, IX, 69).

Con fines bélicos, y no sabemos si también con pacíficos, utilizaban señales de humo cuando querían convocar una reunión:

"... trataron luego de hacer junta general, para tratar de dar sobre los nuestros, por verlos tan de asiento en sus tierras, como se echó de ver en la multitud de humos que dentro de cuatro días divisaron los nuestros en los altos de la provincia de Ombecho, donde se hizo la junta". (B-4, VIII, 198).

En último lugar citaremos el uso de instrumentos musicales para dar contraseñas de combate, como el caracol, la trompetilla, fotutos, etc. (B-4, VIII, 187).

ENFERMEDAD

Según creencias de los Pijao, la enfermedad se originaba por el sueño de algún miembro del grupo. Los parientes del doliente se dedicaban por ello a buscar al soñador, con objeto de apalearlo, como castigo. Si el enfermo fallecía, los familiares trataban de asesinar al autor de la desgracia.

Los encargados de curar las enfermedades eran los mohanes, que practicaban un verdadero shamanismo. En la terapia se mezclaban la dosificación de hierbas cocidas con invocaciones a un ser sobrenatural, llamado el "demonio" en la documentación, y que quizá pudiera ser Nacuco, a quien se identificaba como encarnación de este espíritu maligno (A-2).

Un extraño método curativo, en el caso de que lo fuera alguna vez, era el de echar agua fría muy de prisa sobre la zona afectada de dolor:

"...comenzándole a curar a su modo, que fue echarle mucha agua fría aprisa (que lo estaba harto en el sitio, por tocar en páramo), por todo el cuerpo y en especial en la parte del dolor, con que acabaron con él dentro de tres días". (B-4, IX, 75).

PRACTICA FUNERARIA

El sistema funerario de los Pijao nos es también desconocido, pues los arqueólogos no han podido asegurar que las tumbas encontradas en su territorio les pertenecieran realmente. Fray Pedro Simón nos describe una práctica funeraria, a la que debió de asistir, y que consiste en colocar al difunto en una fosa, y tras ella un desfile de parientes, que se aproximaban al cadáver para decirle unas palabras al oído:

"Hízosele la sepultura fuera del fuerte, a donde habiéndole metido, cada uno de sus parientes entraba en el hoyo y le decía al muerto no sé qué palabras al oído y se volvía a salir, hasta que habiendo entrado todos por su orden desta suerte, le cubrieron de tierra e hicieron grandes llantos". (B-4, IX, 74).

En la documentación histórica se afirma que los Pijao sepultaban a sus muertos en bóvedas y cavernas de las montañas, de manera que el cadáver no tocara el suelo. Junto a él se colocaban las provisiones de chicha y alimentos. Los participantes en la ceremonia fúnebre quedaban impregnados de un halo espiritual que les impedía efectuar sementeras hasta que se purificaran en las aguas de un río. Esto último se acompañaba de autoazotamiento con ramas mojadas, mientras se elevaban cantos de alabanza al difunto (A-2).

Es posible que los dos tipos de enterramiento descritos sean primarios, pues en excavaciones realizadas por los doctores

Gerard Reichel-Dolmatoff, Julio César Cubillos y Víctor A. Be-
doya se encontraron una serie de urnas funerarias, que se sos-
pecha pudieron pertenecer a los Pijao. Se trata de dos grupos,
el primero de los cuales fue hallado en 1937 en El Espinal, y el
segundo en 1953, en una carretera en construcción desde El
Espinal a La Jabonera. El doctor Reichel-Dolmatoff concluyó
lo siguiente, acerca de las primeras manifestaciones:

“Si estas piezas representan un ejemplo común de la alfarería
de los Pijao, de la cual hasta ahora no conocemos manifestaciones,
su desarrollo sería, comparándolo con el Panche, de un nivel artís-
tico y cultural considerablemente más evolucionado”. (20).

El informe del doctor Julio César Cubillos sobre las segun-
das fue igualmente reservado:

“Respecto a la conexión que pudiera existir entre los restos cul-
turales y la cultura material correspondiente al grupo Pijao, o más
propiamente con los Póimas, parcialidad de los primeros y que según
las crónicas fue el grupo que residió en estos lugares cuando tuvo
lugar la conquista europea, no tenemos ninguna evidencia, por lo
que nos vemos impedidos para establecer cualquier clase de rela-
ción”. (21).

RELIGION

La cúspide del Panteón Pijao está ocupada por dos deida-
des, Locomboo y Nacuco. La primera es benévola y tiene el
significado (¿lingüístico o religioso?) de abuela del tiempo y
abundancia del mismo. Posiblemente se trata de tiempo esta-
cional, de variaciones anuales, ya que un tiempo cronológico es
difícil de encontrar en una cultura como la Pijao. Locomboo es
eterno e infinito y es el creador “de las cosas” (A-2). No cono-
cemos su ámbito creativo, pues el término “cosas” no está espe-
cificado y además no parece que se refiera al mundo, que fue
hecho por Nacuco. Otro aspecto curioso es la posibilidad de que
se trate de una deidad femenina, como la palabra “abuela”
parece indicar.

Existía entre los Pijao una celebración anual al tiempo, que
muy bien pudiera ser parte del culto a Locomboo. Consistía en
confeccionar la figura de un hombre (¿quizá mujer?) con paja
menuda, relleno de legumbres, frutos y masato. Se llevaba a una

ladera muy inclinada y los indios marcaban el lugar hasta el
que, según su opinión, podría rodar la figura. Por último, se
lanzaba ésta y tras ella todos los indios, monte abajo. Los que
llegaran al lugar marcado antes que la representación del tiempo,
serían afortunados durante el año siguiente. La fiesta tenía un
jefe de ceremonias, encargado del esplendor de la misma, en
cuya casa se hacían las libaciones y se elegía al sucesor, por
medio de comunicaciones espirituales. El cargo debía de ser anual
(A-2).

Nacuco parece ser un dios malévol, al que se atribuye la
creación del mundo, cosas muy difíciles de conjugar. Nacuco
existió en realidad y fue un indio (¿creado por Locomboo?),
poseedor de dotes sobrenaturales, que predecía los aconteci-
mientos y hacía milagros. Tenía la cabeza herida, lo que quizá
pueda entenderse como expresión psicológica de su maldad, y
podía transformarse a voluntad. Su perdición fue enamorarse
de una india llamada Ibamaca, que lo engañó hábilmente para
defender su castidad. Simulando acceder a sus deseos, le citó en
una cueva, que taponó tan pronto como Nacuco entró en ella,
con piedras y tierra. En este lugar, que está en la sierra de
Ytaima, en la jurisdicción de Ibagué, camino a Cartago, salieron
dos fuentes, una de agua caliente y otra de agua fría.

Mito realmente curioso es el del indio reformador o de
Quetzalcoatl, como se llama en Americanística por similitud con
el registrado entre los Azteca. Un indio de la provincia de Anai-
ma, de nombre desconocido, comenzó a peregrinar por los luga-
res públicos, especialmente mercados y sitios donde se libaba,
pocos años antes de la llegada de los españoles. Predicaba una
reforma de las costumbres morales, especialmente el repudio a
la antropofagia, pues de no hacerse así vendrían unos hombres
blancos, cabalgando sobre leones (¿tigres?), con armas de true-
nos y rayos, para exterminar y esclavizar a los Pijao (A-2).

El segundo nivel del Panteón estaba ocupado por una gran
cantidad de ídolos, algunos de los cuales quizá fueran tan im-
portantes como las deidades anteriores, ya que la jerarquía re-
ligiosa de este pueblo resulta muy confusa, debido a que posi-
blemente no todas las tribus tenían el mismo sistema. Un detalle
importante en este sentido nos lo ofrece Fray Pedro Simón al
decirnos que los Pijao sostuvieron guerras anteriormente, por la
supremacía de sus ídolos (B-4, IX, 108).

Los ídolos eran de dos tamaños: grandes y pequeños. Los

primeros podían tener hasta la altura de un hombre y resulta extraño que la arqueología practicada en la región no haya podido encontrar ningún ejemplar. Los segundos eran portátiles y se llevaban a la guerra para proteger a los combatientes. En cuanto a los materiales más importantes eran madera, barro y piedra. Se les pintaba con franjas rojas y amarillas, los colores que también empleaban los mohanes. Las ofrendas que se les hacían eran chicha, masato, comidas y frutos de la tierra (A-2).

La figura de los ídolos debía de ser antropo y zoomorfo. La primera clase corresponde a un ejemplar que los españoles vieron en la provincia de Otaima y que era la representación de un Pijao (B-4, IX, 109). En los Organos vieron otro ídolo antropomorfo, si bien con múltiples extremidades y cabezas (B-4, IX, 108). Zoomorfo parece ser el adorado en las provincias de Cacataima y Otaima, que Simón describe como un "bulto feísimo, como suelen pintar al demonio" (B-4, IX, 108), (¿tendría forma caprina?)

Los ídolos más importantes fueron Lulomoy, venerado en los Organos, y cuyo nombre quería decir "dios grande", y Eliani, de los Otaima y Nacataima. El primero tenía 6 brazos, 6 piernas y tres cabezas. El segundo es el mencionado "bulto feísimo".

Supervivencia de metempsicosis encontramos en el caso del indio Chaguala, quien condenado a muerte por los españoles dijo que después de morir comería hierba, ya que su alma entraría en el cuerpo de un venado (B-4, IX, 90).

MAGIA Y SHAMANISMO

Poseían los Pijao prácticas mágicas y shamánicas. Las primeras operaban sobre el principio homeopático de la identidad, por lo que puede calificarse mejor de magia simpática. Un ejemplo de esto fue el hallazgo en una vivienda indígena de unos calabacillos con pelos de león, tigre, mona y plumas de águila y gavilanes. Don Baltasar explicó que:

"... los pelos de león eran para que los hiciese valientes; los de la mona, trepadores; las plumas de águila y gavilán para que los hiciese ligeros". (B-4, IX, 45).

Cerca de un fuerte español colocaron los Pijao una gran

piedra de dos arrobas, suspendida de un tronco de árbol y bajo ella un grillo, sujeto con una cuerda:

"y que el grillo significaba a nuestros soldados a quién habían de vencer ellos con las galgas de piedra, significado en aquella que estaba sobre él..." (B-4, IX, 47).

Al mismo propósito obedece la presencia de una serie de ídolos, provistos de armas, frente al fuerte de Maito:

"dando a entender al vulgo que aquellos ídolos en aquella postura, mirando a nuestro fuerte, peleaban contra nosotros con aquellas armas que tenía el mayor en el suelo". (B-4, IX, 46-47).

El control de los poderes sobrenaturales estaba en manos de los mohanes, verdaderos shamanes, que tenían a su cuidado la predicción de las futuras campañas y la curación de enfermedades por métodos mágicos. Este cargo era ocupado a menudo por los guerreros más sobresalientes, como Calarcá, aunque no era privativo de los mismos, y ni siquiera del sexo masculino, ya que existían también mohanes femeninos, como la famosa Tulima, que sabía volar y burló así a los centinelas españoles (B-4, IX, 109).

La profesión del mohán duraba todo el tiempo que pudiera ejercer con éxito sus augurios. En cuanto se equivocaba, era depuesto y sustituido:

"... si no consiguen el efecto de la pretensión que llevan, privan del oficio al ayunador, de común parecer y acuerdo" (A-2).

El error podía costarle el apaleamiento e incluso la muerte:

"... y si en la jornada les sucede mal y les matan gente, le dan en pago de su ayuno muchos palos y alguna vez la muerte" (A-2).

Ya mencionamos la obligación de indemnizar a las víctimas ocurridas por fallo de su predicción. Esto se efectuaba generalmente con mantas, machetes o cuchillos (B-4, IX, 109). En caso de éxito, los mohanes obtenían parte del botín.

La práctica ritual más importante de este personaje era el ayuno, durante el cual adquiría facultades para averiguar el futuro. Afortunadamente, la documentación histórica ha sido prolija en detalles sobre este particular y podemos reconstruir el rito con bastante aproximación.

El ayuno duraba ocho días, durante los cuales el mohán no podía comer más que un puñado de maíz y un pájaro o pez pequeño, ni beber otra cosa que una totuma o calabacillo de chicha, por medio de una paja hueca. Durante los seis primeros días no dormía, permaneciendo constantemente tumbado en una hamaca y cuidando de atizar un fogón que tenía junto a sí, hecho con horquetas de leña secadas a la sombra (A-2). Simón asegura que el alimento de estas hogueras era "palos de balsa y un bejuco que arde como tea" (B-4, IX, 109).

Al séptimo día colocaba unos bollos de maíz sobre la fogata y se acostaba de nuevo, sumiéndose en profundo sueño, durante el cual se le revelaba el presagio solicitado por la tribu. Al octavo día se levantaba y comunicaba a todos el mensaje, que comprobaba más tarde con el estado que tuvieran los bollos. Si éstos estaban enteros y la ceniza del hogar era blanca, era síntoma favorable. Si los bollos estaban partidos y la ceniza era roja, desfavorable. Había que suspender la expedición y el mohán tenía que volver a ayunar, hasta que consiguiera resultados positivos (A-2).

Una manifestación de respeto hacia los mohanes era volverles la espalda, como hizo el indio Cocurga con el Capitán Ospina (B-4, IX, 50).

FUENTES

MANUSCRITOS

- (A-1). Archivo General de Indias, Santa Fé 18. Informe del Presidente, Don Juan de Borja, sobre la campaña contra los Pijao, de 5 de junio de 1607.
- (A-2). Archivo General de Indias, Patronato 198, 27. Informe del Presidente, Don Juan de Borja, sobre los indios Pijao y la guerra que se les hace, de fecha 20 de junio de 1608.
- (A-3). Archivo General de Indias, Mapas, Panamá 26. Mapa sobre el territorio Pijao, adjunto al informe anterior, de 20 de junio de 1608.
- (A-4). Archivo General de Indias, Patronato 27. Carta del Presidente, Don Juan de Borja, adjunta al informe (A-2) y al mapa (A-3), de fecha 20 de junio de 1608.
- (A-5). Archivo General de Indias, Patronato 196, 20. Visita efectuada por el Oidor, Don Juan de Villabona Zubiaurre, para averiguar el estado de la guerra contra los Pijao, de fecha 25 de marzo de 1613.

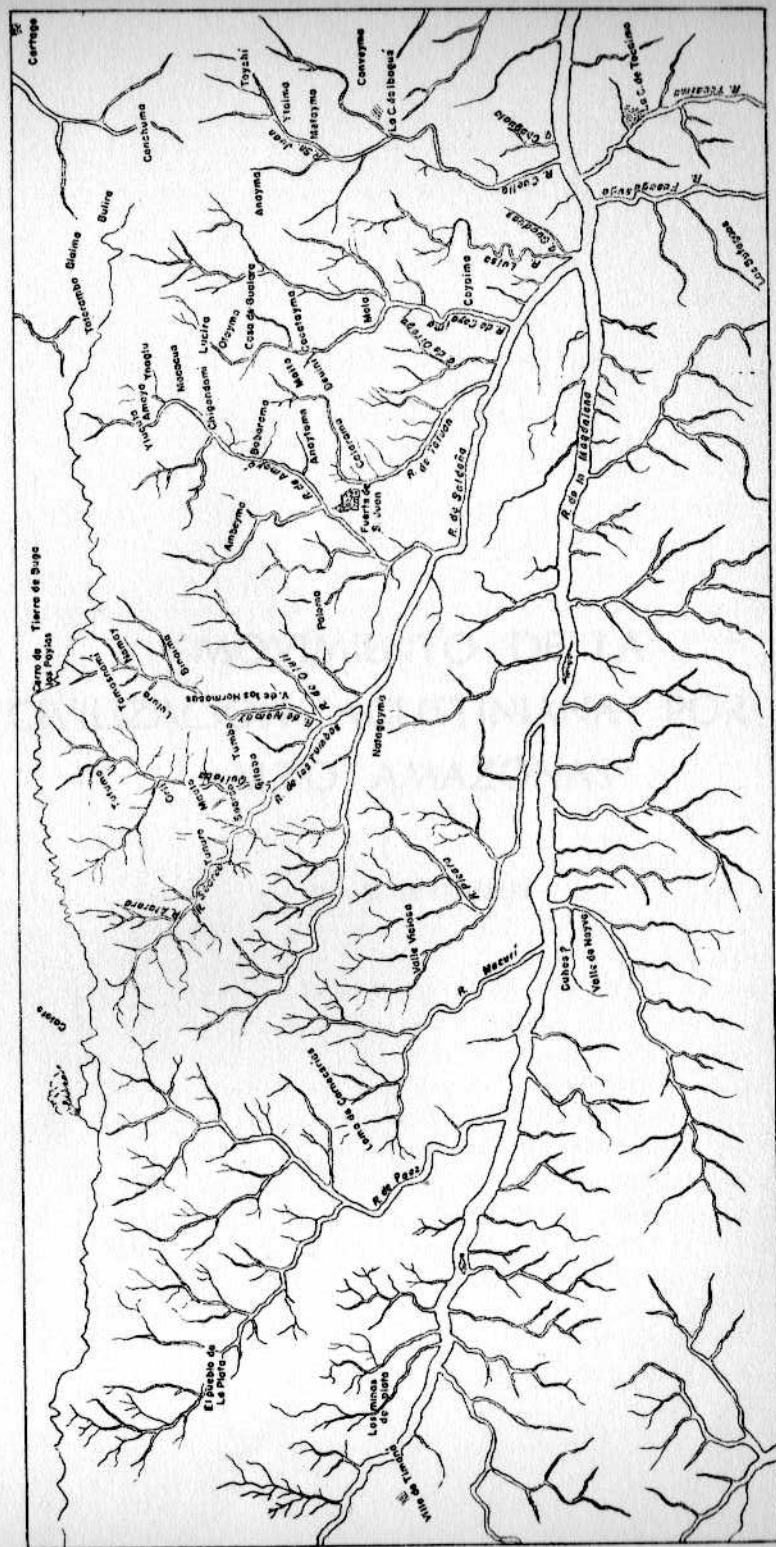
CRONISTAS

- (B-1). AGUADO, FRAY PEDRO: *Recopilación Historial*, Bogotá, 1956.
- (B-2). FERNÁNDEZ PIEDRAHITA, LUCAS: *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 1881.
- (B-3). RODRÍGUEZ FREYLE, JUAN: *El Carnero*, Bogotá, 1955.
- (B-4). SIMÓN, FRAY PEDRO: *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, Bogotá, 1953.
- (B-5). VÁZQUEZ DE ESPINOSA, ANTONIO: *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Washington, 1948.
- (B-6). ZAMORA, FRAY ALONSO DE: *Historia de la Provincia de San Antonio*, Bogotá, 1945.

NOTAS

- (1) RIVET, PAUL: *La influencia Karib en Colombia*. En Rev. del Instituto Etnológico, Bogotá, 1943-44, v. I, pág. 76.
- (2) TRIMBORN, HERMANN: *Señorío y Barbarie en el Valle del Cauca*, Madrid, 1949, pág. 277.
- (3) TRIMBORN, HERMANN: op. cit., pág. 282.
- (4) TRIMBORN, HERMANN: op. cit., pág. 181.
- (5) RIVET, PAUL: *La Métallurgie en Amérique précolombienne*. En *Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie*, París, 1946, págs. 65-66.
- (6) REICHEL-DOLMATOFF, GERARD y ALICIA DE: *Grupos sanguíneos entre los indios Pijao del Tolima*. En Rev. del Instituto Etnológico, Bogotá, 1943-44, v. I, págs. 507-519.
- (7) RIVET PAUL: *La influencia Karib en Colombia*, op. cit.
- (8) RIVET PAUL: *La influencia Karib en Colombia*, op. cit., pág. 84.
- (9) RIVET PAUL: *La Métallurgie en Amérique précolombienne*, op. cit., pág. 66.
- (10) MEILLET, A ET COHEN, MARCEL: *Les Langues du Monde*, París, 1952, Artículo de Rivet, Paul y Loukotka, Chestmir, pág. 1.127.
- (11) CUBILLOS, JULIO CÉSAR: *Apuntes para el estudio de la cultura Pijao*. En Boletín de Arqueología, Bogotá, marzo de 1946, núm. 1, pág. 48.
- (12) CUBILLOS, JULIO CÉSAR: op. cit., pág. 60.
- (13) CUBILLOS, JULIO CÉSAR: op. cit., pág. 54.

- (14) CUBILLOS, JULIO CÉSAR: *Arqueología en Rioblanco*. En Boletín de Arqueología, vol. I, Bogotá, 1945, pág. 529.
- (15) CUBILLOS, JULIO CÉSAR: *Arqueología en Rioblanco*, op. cit., pág. 528.
- (16) CUBILLOS, JULIO CÉSAR: *Arqueología en Rioblanco*, op. cit., págs. 525-526.
- (17) CUBILLOS, JULIO CÉSAR: *Arqueología en Rioblanco*, op. cit., pág. 526.
- (18) CUBILLOS, JULIO CÉSAR: *Apuntes para el estudio de la cultura Pijao*, op. cit., pág. 67.
- (19) LUCENA SALMORAL, MANUEL: *Calarcá no murió a manos de Baltasar*. En Boletín Cultural y Bibliográfico, Bogotá, 1962, v. V, núm. 10, pág. 1.265.
- (20) REICHEL-DOLMATOFF, GERARD y ALICIA DE: *Las urnas funerarias en la cuenca del río Magdalena*. En Rev. del Instituto Etnológico, Bogotá, 1943-44, pág. 259.
- (21) CUBILLOS, JULIO CÉSAR: *Investigación Arqueológica*. En Revista Colombiana de Antropología, Bogotá, 1954, págs. 143-144.



Mapa sobre el territorio de los indios Pijao, existente en el Archivo General de Indias, Panamá 26, fechado el 20 de junio de 1608.